

**CARTILLAS DE
DIVULGACION ECUATORIANA
Nº 11**

**REFLEXIONES SOBRE NUESTRAS
GRANDES EFEMERIDES**

EMILIO UZCATEGUI



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1977

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

EMILIO UZCATEGUI

Reflexiones
sobre nuestras
grandes efemérides



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1977

DIA DE LA RAZA O DE LA FUSION DE RAZAS?

12 DE OCTUBRE DE 1492

Cerca de cinco siglos —y para ser más precisos 485 años— se han cumplido de la realización de uno de los acontecimientos más trascendentales en la historia humana: lo que para los europeos es y se ha venido llamando Descubrimiento de América; pero que desde nuestro punto de vista, de moradores y de descendientes de los aborígenes de este continente, tiene más bien el sentido de Descubrimiento de Europa, ya que la epopeya colombina por sobre todas las cosas es el encuentro de dos grupos de civilizaciones mutuamente desconocidas, el mutuo descubrimiento de nuevos hombres y nuevos pueblos: las caucásicas fundamentalmente ibero-lusitana y anglosajona con las maya azteca e incásica, de cuyo resultado se operaron en uno y otro hemisferio los cambios sociológicos y económicos de mayor pujanza y consecuencias para la humanidad toda.

No militamos entre quienes, tratando de justificar a todo trance la conquista encuentran buenas y necesarias cuantas atrocidades se cometieron; pero tampoco participamos de la opinión, por cierto aislada, de que ningún bien y al contrario muchos males, reportó a América el descubrimiento, de donde infieren que más valía que éste no se hubiera producido.

Nuestra posición es otra. Creemos en el determinismo de las relaciones humanas y también en los beneficios de la aculturación o intercambio de factores culturales, en una especie de anfimixis social, como también en la asimilación, interacción y más formas socio-lógicas de cambio social. Si unos conquistadores vinieron en pos de oro y riquezas, es verdad asimismo que otros viajaron y arribaron a nuestras tierras para establecer y hallar libertad, tolerancia, democracia, paz y seguridad, que no la tenían en sus patrias. Y de aquí resultaron positivos beneficios para las culturas aborígenes.

Por lo demás es obvio que si Colón y sus seguidores no encontraban el Nuevo Mundo, más tarde o más temprano, otros habrían dado con él y los resultados hubiesen sido en general los mismos.

Si bien el mérito de la hazaña de Colón nunca podrá ser menguado mientras más se estudien los antecedentes, los episodios y las consecuencias de su descubrimiento, la llegada de un hombre, así sea el primero y mejor, no es todo. Lo importante está en el torrente de exploradores, conquistadores y colonizadores en busca de un mundo mejor que siguió al primer desembarco en nuestras costas.

Si alguna queja o lamento puede haber a este respecto, nunca será que nos hayan traído otros elementos culturales y otra civilización. La protesta y disgusto caben más bien en cuanto exterminaron mucho de la civilización y culturas aborígenes. Pero es lo cierto que el descubrimiento no sólo significó la traída de caballos, cerdos y gallinas o de trigo y caña de azúcar, ni la exportación de cargamentos de oro y otros metales preciosos como también del maíz, la papa y otras especies zoológicas y botánicas a Europa.

Junto a esto, valiosísimos instrumentos de comunicación fueron intercambiados. Al norte el inglés y el francés y al sur el español y el portugués revelaron a la tierra recién descubierta otros mundos que para el nuestro tenían también el valor de un descubrimiento.

Los europeos venidos a América tuvieron asimismo para maravillarse con las ciudades aztecas e incásicas, con sus extraños calendarios, con sus exóticos sistemas de escritura, con sus esplendorosos templos de oro y pedrería, con sus fantásticas y multicolores vestimentas, con caminos comparados con los del Imperio Romano, con impresionantes legislaciones, con avanzados sistemas económicos, gubernamentales, militares y de otros órdenes. En muchas tribus del norte de América se ejercía prácticamente la democracia, puesto que la autoridad era elegida por la voluntad de los asociados.

Indudablemente no todos los pueblos descubiertos estaban en una etapa superior de civilización; hubo también grupos bárbaros y aun salvajes; pero de otro lado, tampoco todos los conquistadores fueron hombres de altas prendas morales e intelectuales que ciertamente los hubo; mas junto a ellos se alinearon también analfabetos, ex-presidarios y aventureros de toda laya.

En todo caso, en uno y otro hemisferio se vieron constreñidos a abandonar el absolutismo de sus concepciones y, por esto, aunque no lo parezca, Cristóbal Colón deviene un precursor del einsteinianismo en la órbita de lo filosófico y sociológico.

En efecto, la llegada de hombres blancos y barbados a nuestras playas indujo a Atahualpa a abdicar de sus dioses, ya que sus oráculos

le habían engañado y según sus sensatas reflexiones, dioses que mienten no pueden ser dioses. Recíprocamente, el regreso de estos atrevidos navegantes al Viejo Mundo influyó en el gran movimiento conocido como la Reforma que no afectó solamente al aspecto religioso como erróneamente se cree, sino que envolvió todos los órdenes culturales, incluyendo, a más de lo religioso, lo filosófico, lo moral, lo político, lo social, lo económico, lo artístico y literario, lo educativo.

Los cimientos de la intolerancia, terrible enfermedad de los hombres y pueblos primitivos, constituídos principalmente por la ignorancia, se estremecieron y a la larga, muchos prejuicios fueron destruidos. Aunque por mucho tiempo se enseñoró el fanatismo, día llegó en que se impuso el libre examen. Bien podemos afirmar que hoy día, pese a las quiebras y fallas, es América el lugar del mundo donde mejor se ha aclimatado, desarrollado y florece la libertad de pensamiento y son sus moradores quienes, de un modo general, han logrado la mayor emancipación del fanatismo.

Si bien es Colón el héroe y el descubridor epónimo y antonomástico, no es el único en acometer la magna empresa de los siglos. Blasco Núñez de Balboa, Alonso de Pineda, Bartolomé Ruiz, Ponce de León, Diego Colón, Hernán Cortés, Hernando de Magallanes, los Pizarro, Sebastián de Benalcázar, Francisco de Orellana, Alonso de Ercilia y Zúñiga, Esteban Gómez, Américo Vespucci, Juan y Sebastián Caboto, Juan Varrazzano, Jacques Cartier, Francis Drake, Walter Raleigh y muchos otros fueron sus afamados seguidores, sin los cuales el descubrimiento en sí mismo habría sido sólo un maravilloso suceso que quizá habría caído en el olvido.

Espanoles, portugueses, italianos, franceses, holandeses, ingleses, daneses primero y después, griegos, eslavos, germanos, hombres de los cuatro puntos cardinales de un Tahuantinsuyo más inmenso y más complicado que el enorme de los Incas confluyen en América. De aquí resultó que nuestro continente es el crisol de todas las etnias del orbe que, fusionadas en el más variado y prodigioso mestizaje han producido esa denominada por Vasconcellos "raza cósmica" más real y digna de un orgullo legítimo que no el de las míticas razas puras, lo que es tanto más verdadero cuanto que igualmente el español ya es por sí solo, el producto de la fusión de varios stocks.

Las carabelas de Colón, como el Mayflower, son las naves insignias de flotas incesantes de embarcaciones que por más de cuatro centurias enriquecen nuestra sangre y nuestras culturas y acarrear al continente en donde se originó la humanidad las grandes aportaciones que ya ofrece América.

Como Franklin R. Lane ha expresado: unos vinieron por amor al

dinero y otros por amor a la libertad; sin embargo de lo cual hay algo en lo que todos confluyen.

“Todos trajeron su música: himnos funerales, danzas y canciones festivas; marchas vibrantes y cánticos religiosos.

“Todos trajeron su música y sus instrumentos para hacer de la música aquellos niños del arpa y el laúd.

“Todos trajeron su poesía: cantos alados de numerosas pasiones humanas, cantos populares y saimos, tallados heroicos y canciones del mar, estrofas cedenciosas captadas del firmamento y de la tierra, o poderosos dramas que nos hablan de las primitivas luchas del más profundo significado. Todos trajeron poesía.

“Todos trajeron arte, fantasías de la mente, artefactos de madera, lana, seda, piedra o metal: alfombras y canastos, verjas de fino diseño y jardines, casas y paredes modeladas, pilares, techos, ventanas, estatuas y pinturas. Todos trajeron sus artes y sus oficios.

“Entonces, también cada uno trajo alguna cosa hogareña, algún toque del campo o la selva; cocina o vestido familiar, un árbol o fruta favorito, una flor del hogar; un estilo de guisos o vestidos. Cada uno trajo alguna cosa familiar y casera.

“Y todos trajeron manos con que trabajar.

“Y todos trajeron mentes que pudieran concebir.

“Y todos trajeron corazones henchidos de hogar, corazones bravos para conducir las mentes vivas; mentes vivas para guiar manos voluntaricasas...

“Estos fueron los dones que trajeron ellos”

Por todo esto resulta, en mi concepto, impropio hablar de una fiesta de la raza, en singular o de una efemérides de una raza dada, siendo más bien exacto hablar de la fiesta de la fusión de las razas, de la mezcla euroamericana más intensa y frecuente en tratándose de españoles que supieron cruzarse con nuestros indios.

En América, la síntesis ecuménica hecha realidad por la epopeya del gran Almirante, ha sido cantada, por Walt Whitman, genio lírico oriundo de nuestro continente, cuando en su **Salut au Monde** dijo:

“Oigo cantar al artesano y oigo cantar a la mujer del labrador.

“Oigo en la distancia las voces de los niños y de los animales al despuntar el día.

“Oigo las voces de los australianos que persiguen al caballo salvaje.

“Oigo la danza española con las castañuelas a la sombra del árbol, oigo los sones del ravel y de la guitarra.

"Oigo los ecos continuos que vienen del Támesis.

"Oigo los vehementes gritos de libertad de los franceses.

"Oigo el recitado musical de viejos poemas, del batelero italiano.

"Oigo en Siria a las langostas golpear el grano y las mieses con los chaparrones de sus terribles nubes.

"Oigo el estribillo copto que cae melancólicamente, al atardecer, sobre el vasto pecha del negro y venerable Nilo.

"Oigo la voz alegre del arriero mexicano y los cerros de la mula.

"Oigo al almuédano árabe convocar al pueblo desde lo alto de la mezquita.

"Oigo a los sacerdotes cristianos en los altares de sus iglesias; oigo al bajo y a la soprano de voz dócil.

"Oigo el grito del cosaco y la voz del marinero que se hace a la mar en Okhostk.

"Oigo el estertor de la caravana de esclavos que avanza, mientras las oscuras cuadrillas pasan en filas de dos o de tres encadenados por las muñeca o por los tobillos.

"Oigo al hebreo leer sus crónicas y salmos.

"Oigo los mitos rítmicos de los griegos y las fieras leyendas de los romanos.

"Oigo la narración de la vida divina y de la muerte sangrienta del hermoso Dios, el Cristo.

"Oigo al indostánico enseñar a su discípulo favorito, los amores, guerras, adagios, transmitidos intactos a esta época por los poetas que escribieron hace tres mil años".

La efemérides de la raza, tiene además, entre muchos otros, el poder de evocación del grito con que Rodrigo de Triana, el primero en contemplar las costas y playas americanas, saludó al Nuevo Mundo. "Tierra, tierra" es el grito de estridencia repetida que prorrumpen, sin que apenas se los oiga, los 20 millones de indios desposeídos de todo lo que fue suyo, que moran este continente plétórico de tierras exuberantes; pero mal distribuidas y poco cultivadas.

"Tierra y libertad" fue el nuevo grito que profirió Emiliano Zapata con los campesinos mexicanos en la patria de Juárez, el indio genial y vigoroso. Este mismo clamor de la raza vencida halla en nuestros días eco y ejecución en Guatemala y Bolivia, dos pueblos a los que se ha querido aplicar el bordón de comunistas con lo que pretende acallar, apagar y aplastar todo cuanto afecta a ciertos intereses.

La divisa "América para los americanos" afortunadamente fue ideada y proclamada en los Estados Unidos por un presidente nada sospechoso de izquierdismo. La doctrina de James Monroe, muy va-

tamente comentada, no tiene otra recta interpretación que el fin del colonialismo europeo en nuestro hemisferio. Lamentablemente a quienes luchan ahora por llevar a la práctica sus consecuencias se les moteja también de comunistas, olvidándose que los gritos de emancipación vienen sucediéndose por siglo y medio desde comienzos del XIX, y que no había un sólo comunista en New England cuando las trece colonias proclamaron su libertad y su soberanía.

Que los habitantes de las Guayanas, Martinica, Groenlandia y otras posesiones europeas hayan llegado a aspirar a gobernarse solos, que reclaman su soberanía, que quieran hacer lo que nosotros hicimos a partir del 10 de agosto de 1809 y que fue sellado con las gestas del 9 de Octubre de 1820 y 24 de Mayo de 1822, no es comunismo, ni de cerca ni de lejos, como tampoco lo es que el aborigen de América reclame tierras para laborarlas, hacerlas producir y precisamente para sentirse propietarios.

Si no nos gusta o no nos conviene la independencia de los pueblos o la justicia social para el indio, digámoslo claramente; pero no pretendamos resolver el problema aplicando un calificativo con finalidad infamante. La dinámica social nos demuestra que ciertos hechos tienen que producirse por el determinismo histórico y dos de los más trascendentales de estos hechos son la emancipación de los individuos y de los pueblos, obra fatal del progreso social y la adquisición de tierras por los campesinos y para los campesinos.

Resolvamos serenamente y con justicia estos dos problemas y mucho habremos conseguido por la paz y el bienestar del orbe. No veamos comunismo en todo, como en esto de querer autogobernarse, ser dueños de una parcela de terreno para vivir libres de hambre y de temor.

El grito de Rodrigo de Triana como el de Zapata ha de seguir prorrumpiéndose mientras se conquiste el equilibrio social y económico. Mejor que afectarnos de daltonismo es adelantarse a los acontecimientos, hallar las soluciones justas y ponerlas en ejecución pacífica. Esto ya se ha hecho alguna vez y Gran Bretaña ha dado el ejemplo.

La síntesis racial se ha producido. Hace falta la culminación feliz del drama en el cual sus protagonistas lanzan gritos de reivindicación. Los hombres del mañana no clamarán sólo por tierra y libertad; pedirán también educación.

10 DE AGOSTO DE 1809

Año tras año nuestros pueblos vienen conmemorando, como lo hacemos hoy, el acontecimiento más trascendente de nuestro país. La continua repetición puede hacer creer que en esto no hay más que una mera costumbre formulista, un ritmo tradicional desprovisto de hondo significado, una rutina patriótica que esconde las frustraciones populares.

Sin embargo, un análisis siquiera sea epidérmico de nuestras realidades, de nuestro pasado y de nuestras esperanzas, nos hace ver que se trata más bien de una necesidad cierta a la que hay que atender. La evocación de los hechos pretéritos no sólo ha de servir para justificarlos y glorificarlos, sino, lo que es mejor, para que orienten el presente y el porvenir.

No habría objeto en repetir una vez más el relato histórico múltiples veces repetido, ni en insistir en la narración reiterada y, por tanto, desprovista de originalidad de los grandiosos episodios de la época. Las anécdotas y los incidentes son vastamente conocidos. El talento de Manuel J. Calle les ha difundido ya hace varias décadas en forma insuperable. Es la oportunidad sí de que todos los ecuatorianos niños y adultos, lean y releen las edificantes y deliciosas **Leyendas del Tiempo Heroico** del gran estilista.

Juzgamos de mayor provecho que en esta efemérides reflexionemos e invitemos a pensar a nuestros compatriotas sobre el significado, las consecuencias, la perspectivas que fluyen del magno acontecimiento de nuestra historia.

Indudablemente hemos logrado nuestra independencia política. El Ecuador es un Estado, al decir de nuestras Constituciones, soberano, independiente, democrático y por añadidura unitario, popular, responsable, alternativo... Pero ¿podemos ufanarnos honestamente de que vivimos al amparo de estos laudables presupuestos? Tenemos una independencia y una soberanía a medias. De una manera o de otra los grandes nos conducen y limitan nuestro querer, nuestra acción. ¿Podemos mantener relaciones con todos los pueblos de la tierra siguiendo nuestro propio criterio selectivo? ¿Estamos en aptitud de cortar o es-

tablecer relaciones con gobiernos extranjeros sin el requisito de la consulta? ;Han sido siempre los intereses y conveniencias ecuatorianos los que han guiado nuestras rupturas internacionales? ¿Se nos permite que compremos y vendamos productos con absoluta libertad de elección?

En verdad hay que reconocer que algo se ha avanzado en este sentido.

Hay otras dos independencias, no menos importantes que la política, que necesitamos conquistar: son la independencia económica que nos permita vivir sin mendigar el auxilio de los superdesarrollados y la independencia cultural que nos deje en libertad para adoptar y enriquecer el medio de vida más de acuerdo con nuestra propia cultura y para organizar y dirigir nuestras instituciones conforme a nuestra historia, nuestras necesidades, nuestra filosofía.

Reconocemos, por cierto que nuestra cultura ni ninguna otra puede ser absolutamente original; que es ventajosa la incorporación de elementos extraños; pero distinto de esto y lo que no admitimos es la total transculturización, la sustitución de una cultura por otra. Y en este sentido es que reclamamos también nuestra independencia cultural.

Confiamos en lo que se ha dado en llamar la vocación de nuestro pueblo para la libertad y la independencia. Por el análisis de nuestro proceso histórico creemos que siente inclinación y es apto para autogobernarse, para seguir su propio camino, para escoger sus metas.

Y le creemos dotado de una rebeldía para saber luchar con osadía y perseverencia hasta reconquistar la libertad y la independencia cuantas veces se las arrebatan los audaces ambiciosos.

Desde las primeras páginas de la historia ecuatoriana se narra la brava resistencia opuesta a los invasores del Tahuantinsuyo por las parcialidades o pueblos que moraban las hoyas interandinas, desde los cañaris en el sur hasta los caranquis del norte que no fueron sojuzgados sino tras largos años de cruenta lucha.

Rumiñahui, legendario héroe quiteño, destácase como jefe valiente y organizador y puede considerarse como el símbolo más alto del espíritu libertario de la ecuatorianidad incipiente. Este mismo indio valeroso había de repeler más tarde la irrupción hispánica en unión de otros caudillos denodados.

La inmensa disparidad de medios de lucha, en la que no fue leve el papel que desempeñaron la perfidia y la trampa de los conquistadores, dio por resultado el triunfo de los invasores; pero jamás el sometimiento voluntario de nuestros aborígenes, que siempre buscaron el momento propicio para levantarse y sacudir el yugo.

Afianzado el coloniaje y establecida la Audiencia de Quito, esta circunscripción política pequeña y pobre, en movimiento pendular se

anexaba ya al Virreinato de Lima ya al de Santa Fe: pero vale llamar la atención a esto que con todo acierto lo asienta el ilustre historiador ecuatoriano Isaac J. Barrera: La Audiencia de Quito siempre "se administraba con todas las atribuciones de gobierno libre"

Por otra parte los anhelos independentistas brotaban cuantas veces había oportunidad de manifestarse.

Quito se había fundado en 1534; pero ya a poco más de medio siglo, en 1591, estalló la rebelión de las alcabalas que se inició como un rechazo del impuesto del 2% que debía pagarse trimestralmente sobre todas las ventas. Mas como la Audiencia negara la solicitud de suprimirla y, peor aún, su presidente iniciara la violencia y trajera tropas de Lima los acontecimientos se complicaron hasta hacer huir al Presidente de la Audiencia. Entonces oyérase por primera vez proposiciones para emanciparse de España y formar un gobierno propio. Lastimosamente la rebelión fue trágica: muchos patriotas perdieron su vida y sus cadáveres se colgaron para escarmiento público en la plaza mayor. Pero la historia nos demuestra como ninguna violencia es capaz de eliminar el espíritu libertario que es consustancial al hombre.

Finalizaba el segundo tercio del siglo XVIII cuando surgió un nuevo levantamiento provocado como el anterior por causas económicas. La lucha contra el estanco del aguardiente y las aduanas devino insurrección patriótica contra la dominación extranjera con nuevos actos de crueldad para sofocarla.

Y al expirar el siglo emerge una vez más el espíritu independentista de los quiteños con la colocación de carteles en las cruces de piedra que se levantaban en diversos lugares de la ciudad con la leyenda: Al amparo de la cruz sed libres. Su texto latino no deja duda de que este movimiento lo suscitaba una élite a diferencia del basamento popular que caracterizó los anteriores.

Era de esperar por lo tanto, que el fermento revolucionario continuara su proceso de desarrollo y que pronto hiciera eclosión. En efecto, la noche del 9 de Agosto de 1809 un grupo no numeroso pero sí valiente y selecto, como que varios de sus componentes fueron universitarios, decide que el territorio de Quito, o sea, lo que hoy llamamos Ecuador, se rija por un gobierno propio. Es así como en la mañana del 10 salvas de artillería, aires marciales y la vibrante arenga del capitán Juan Salinas anuncian que la emancipación es un hecho consumado. Las autoridades españolas fueron despuestas y hasta se expidió una constitución política. El nuevo orden parecía afianzado; pero la poca madurez de la insurgencia que necesitaba mayor enraizamiento en las masas, la traída de fuerzas extranjeras, disensiones entre los rebeldes y otras causas condujeron a reiterados derramamientos de sangre, a



nuevas jornadas de lucha con resultados desiguales; pero cuyo final fue la conquista definitiva de la libertad. Fracasada la liberación de los presos del 2 de Agosto, hubo que esperar las gloriosas campañas del 9 de Octubre de 1820 y del 24 de Mayo de 1822 para consolidar la expulsión de los conquistadores y la autodeterminación de nuestros pueblos.

A pocos días de haber capitulado Aimerich, los tres departamentos que constituían la hasta entonces Presidencia de Quito acuerdan incorporarse a Colombia, fusión que no había de durar un decenio. Si bien entre las causales de la pronta secesión figuran las ambiciones caudillistas no es menos cierto que el desmenbramiento del Estado del Ecuador se debió al espíritu independentista de un distrito que en largos siglos del coloniaje fue olvidado por las grandes distancias a las capitales de los Virreinos a los que caprichosamente se la anexaba, mientras era obvio que requería administración rápida, atención directa y de consiguiente gobierno autónomo.

Adviene la república y con ella una larga y tortuosa serie de gobiernos ya despóticos y autoritarios ya respetuosos de la voluntad popular que hace pensar que quizá la síntesis de la vida republicana del Ecuador se puede expresar como una permanente lucha contra dictaduras y tiranías personalistas, unas veces cínicamente dictatoriales, otras hipócritas que ha sufrido nuestra tierra no nos avergüenza, porque para fortuna del Ecuador siempre espíritus superiores como Rocafuerte, Pedro Moncayo, Montalvo y tantos otros supieron afrontar todos los riesgos y defender la libertad, la legalidad, la justicia, la honradez. Y asimismo nunca faltaron masas populares que respaldaran, muchas veces con derroche de heroísmo las prédicas, protestas y reclamos de los grandes inconformes.

La soberanía, la independencia, la libertad son fenómeno natural inherente a todo pueblo digno. Nunca producto de agitadores ocasionales o de profesión como han pretendido hacer creer los tiranos que al mismo tiempo han convertido en actos delictivos vivir a la Constitución, reclamar la devoción de la soberanía popular, exigir responsabilidades a los mandatarios, ejercer el derecho de crítica, defender nuestra personalidad internacional contra todo intervencionismo.

Decía al comenzar este comentario que la conmemoración de los grandes sucesos de la historia no puede tener el sentido de una inocua remembranza consuetudinaria. La historia se escribe más que para recordar para guiar hacia el porvenir.

Consecuentemente, la trayectoria ecuatoriana de libertad e independencia ha de servir para que los aspirantes a sátrapas providencia-

les que la conozcan sepan también que el país no los tolerará y que tarde o temprano será execrada y aplastada su conducta liberticida.

Hemos alcanzado la emancipación política; pero es menester que la sepamos usar y que batallamos por extenderla a los campos económico y cultural.

Mientras tanto sólo será una libertad a medias. Necesitamos convertir al país en una verdadera unidad; que la soberanía sea completa, que la democracia sea integral; que sigamos la doctrina y el ejemplo de Eduardo Benes, el gran patriota checoslovaco que escribió y fue fiel a su prédica. He aquí su mandato: "Debe tenerse una recta concepción de la democracia como teoría y, a la vez, el valor de poner esa teoría en práctica recta, justa y valerosamente. De otro modo todas esas palabras pomposas sobre democracia no son más que palabras vanas, palabras y nada más que palabras, para encubrir los más vulgares y egoístas intereses de clases, partidos e individuos dirigentes".

¿A qué nos conduce la brega constante de varios siglos por conservar la emancipación del país? El mero hecho de ser libres es bastante; pero ¿es suficiente la libertad si no somos capaces para utilizarla? Queremos un Ecuador soberano y ecuatorianos libres para conseguir su progreso en todos los frentes; para forjar la unidad del territorio y de sus moradores; para que todos estos eleven su vida con una buena distribución de la riqueza, una buena atención sanitaria y social, y una educación que cumpla el viejo ideal platónico de que el organismo físico y el psiquismo de cada individuo se desarrollen al máximo de sus capacidades para alcanzar toda la belleza y la perfección posibles.

Queremos una libertad y una democracia que garanticen a todos los habitantes del territorio ecuatoriano alimento, abrigo, salud y educación. Y mientras se las consiga la insurgencia habrá de ser permanente. Tal el mensaje que nos trae, creo yo, cada nuevo 10 de Agosto.

9 DE OCTUBRE DE 1820

Como práctica consuetudinaria celebramos año tras año la gesta del 9 de Octubre; pero parece que son pocos los ecuatorianos que valorizan debidamente lo que esta fecha significó para la independencia total y definitiva del Ecuador. En nuestro concepto el 9 de Octubre de 1820 no es sólo un antecedente temporal del 24 de Mayo de 1822 sino un factor necesario que, de no producirse, habría retardado por varios años el triunfo decisivo de Pichincha. Es de recordar que si bien algunas ciudades serranas se proclamaron independientes a raíz del pronunciamiento del 10 de agosto, pronto volvieron a caer en manos de los realistas. Únicamente después del éxito de Guayaquil se producen nuevos movimientos independentistas que esta vez ya tienen carácter de permanencia.

Vale también acentuar que Guayaquil se levantó solo, sin ayuda externa y con la agravante de que esta ciudad se hallaba fuertemente custodiada por tropas realistas. Al parecer el movimiento porteño tuvo una base popular un tanto más amplia que la escasa del 10 de agosto quiteño acaso más impregnada de elitismo.

Es de rigor señalar otra diferencia sustancial: el 9 de octubre constituye una emancipación firme, valiente, sin disfraces. No hubo declaratoria de sumisión al Rey, disculpada como táctica por medrosa o por sincera adhesión al monarca español. En las narraciones recordatorias de este proceso no se registran los tibios, los insinceros, los acomodaticios de siempre que tienen un pie en la revolución y otro en la tradición. Por esto, la revolución de octubre fue decisiva, no sufrió retrocesos y facilitó el triunfo definitivo de Sucre en Pichincha, que afianza la libertad para todo el territorio ecuatoriano.

Guayaquil y los guayaquileños querían ser libres; lo proclamaron y lo consiguieron en forma pura, franca y categórica. En verdad, unos aspiraban a unirse al Perú y otros a incorporarse a Colombia, dos respetables fuerzas de atracción. Pero quizá la gran mayoría anhelaba una independencia absoluta, soñaba con formar un nuevo Estado pequeño, pero sin sometimiento a ningún otro, ni aun a título de federalismo; quería un Estado ciento por ciento autónomo.

Esta actitud explicará la persistencia de un escudo con la leyenda "Por Guayaquil independiente" y de una bandera que siguen ostentándose con orgullo en más de siglo y medio de escogidos estos símbolos. Todas nuestras provincias poseen sus escudos y sus banderas, pero sólo los de Guayaquil tienen el uso tan extendido a causa de este elevado espíritu de autonomía que nosotros no lo interpretamos como regionalismo. Hay una realidad geográfica y socio-económica que nada podrá borrar; hay intereses diversos que antes que contraponerse se complementan y por esto el regionalismo en su sentido egoísta va desapareciendo. Creemos que existen dos polos en nuestra nacionalidad que como en los imanes aunque se presentan contradictorios no pueden sino constituir una unidad, ya que no podrían operar solos.

El Ecuador tiene dos fechas clásicas conmemorativas de su emancipación: la de Quito y la de Guayaquil y las hallamos justificables por esta bipolaridad. De aquí que el país entero las celebra con sentimiento de unidad nacional exteriorizada en dos momentos y ubicaciones de estrecha complementación.

Quizá esto mismo explica que los movimientos políticos que no se sustentan sobre estos dos polos fracasan irremediablemente.

24 DE MAYO DE 1822

Soy un tanto escéptico en cuanto a juzgar los resultados positivos de la Batalla del Pichincha en lo que se refiere a las repercusiones posteriores. Lo que en realidad conseguimos fue la independencia con respecto a España; pero dudo de que hayamos alcanzado la libertad política integral, pues todavía no es el pueblo ecuatoriano dueño de su suerte.

En cuanto al americanismo creo que más bien hemos retrocedido, pues estamos más disgregados que nunca, pese a los esfuerzos, congresos y declaraciones integracionistas. La unidad americana se ve muy distante, quizá es imposible. Realistamente es mejor que tendamos hacia una estrecha coordinación y amplia cooperación.

El petróleo no nos ha liberado; más bien nos está esclavizando. Nos debería traer independencia económica; pero lo cierto es que ahora dependemos del exterior en mayor escala, pues debemos importar hasta artículos de subsistencia primaria que antes los teníamos suficientes y aun en exceso.

Tampoco se ve la independencia cultural, pues los satélites artificiales, los textos, las noticias y muchas otras expresiones de la cultura están subordinados a influencias extranjeras.

Pichincha indudablemente nos dio la independencia política en definitiva. Pero necesitamos conquistar las otras independencias.

1824: BATALLA DE AYACUCHO

Nuestra genuina profesión de fe pacifista no nos impide celebrar este sesquicentenario de una acción bélica. ¿Puede verse en esta actitud una paradoja? De ninguna manera, pues los valores son relativos y su defensa, en cuanto realmente tales, justifica aparentes contradicciones ideológicas que más bien son apreciaciones más ajustadas a la razón y a la ética y juicios críticos mejor fundamentados.

El pacifismo no es, por ahora, otra cosa que un ferviente anhelo de resolver todos los conflictos, todas las controversias por medio de la razón y el entendimiento mutuo. No es ni puede ser negación de las leyes biológicas del darwinismo ni de los principios filosófico-sociales del marxismo. Fatalmente hay la lucha por la supervivencia, existe la lucha de clases, la brega por los grandes ideales, entre ellos la justicia, la libertad, la igualdad. No podemos negar ni en los animales ni en el hombre el impulso competitivo, de dominio y aun francamente belicoso. Por esto no hallamos lógica ni acertada la expresión humanizar con el significado de hacerse benigno, aquiescente, lo que es contrario al ancestro humano. Con lo cual no predicamos la guerra, ni pretendemos que el hombre haya de ser agresivo ni cruel. Muy al contrario, creemos que el proceso evolutivo de la sociedad, como conjunto de hombres, y el individual de cada uno de ellos han de conducir tarde o temprano a una situación de paz que claro está no ha de eliminar la discrepancia de pensamientos, ni la necesidad de lides ideológicas, pues siempre habrá conflictos de intereses, contraposición de puntos de vista, nacimiento de nuevas concepciones filosóficas, políticas, económicas, sociales. Habrá lucha de ideas, pero serán los argumentos, las razones, los medios de disuación.

Mientras no se extirpen los privilegios, la desigualdad irritante de medios económicos, la presión abrumadora de los poderosos, la dualidad ética de los grandes con respecto a los chicos, tampoco podrá eliminarse la lucha. A menos que los hombres se transformaran en sumisos, resignados, abyectos, cualidades extrañas a la índole de la especie humana.

Los histori6grafos que han reducido toda su tarea al recuento de las batallas emprendidas por los pueblos no hallando otros factores que les interesara y les abriera el horizonte, a su manera y sin quererlo ni saberlo, son marxistas primitivos y han tenido fatalmente que errar,, pues olvidan los elementos culturales que modelan la historia, ya que la verdadera interpretaci6n materialista juzga principal pero no excu-yente al factor econ6mico y la lucha de clases.

Con esto queremos recalcar que si bien los tres quinquenios que nos ocupan fueron de continuo batallar, los elementos culturales tambi6n estaban presentes y seguían en curso aunque sea retardado, por m6s que a menudo se los olvide.

Con fundamento de la historia, Marx y Engels establecieron que las ideas surgen y son el reflejo de las circunstancias sociales, que las clases son determinadas por las condiciones econ6micas y que unas y otras generan las luchas de clases.

Todo esto se observa a trav6s de tres siglos de coloniaje en Am6rica. El criollo y el mestizo fueron humillados, despotizados y despojados por el espaol; unos y otros descargaron su prepotencia sobre el indio al que utilizaron como ac6mila, carne de ca6n; hicieron de 6l el 6nico contribuyente, el solo productor agr6cola, minero y de la incipiente industria, modo de producci6n que fue la base del orden social imperante en Am6rica. Habrían de producirse, pues, los levantamientos. La brega generada por estas condiciones sociales y econ6micas, era inevitable.

¿Qui6n impuso la guerra en Am6rica? La respuesta es clara e inobjetable: los espaol6s con su conquista y su proceder subsiguiente. ¿Habían de someterse con mansedumbre los ab6rigenes a verse privados de sus tierras, expoliados de sus hogares, impedidos de adorar a sus dioses, esclavizados en toda forma? Imposible. Tenían pleno derecho a defenderse y lo hicieron, pese a la tremenda desigualdad de armas. Hasta este punto no puede llegar ning6n pacifismo a menos de caer en lo morboso. Una vez subyugados tampoco podían caer en la resignaci6n. Es por esto que, por muy amantes de la paz que seamos, tenemos que ensalzar las figuras de Xicot6ncatl, Cuitlahuac en M6xico; Tecum Umán y Atlacatl en Centro Am6rica; Rumiñahui y Calicuchima en Ecuador; Caupolicán, Lautaro y Galvarino en Chile junto a las de muchos otros grandes generales de la resistencia ab6rigen.

Asimismo tenemos que exaltar el alzamiento cakchiquel de Guatemala, la guerra permanente de los araucanos glorificados por los mismos conquistadores en epopeyas como las de Alonso Ercilla y Zúñiga y Pedro de Oña; la rebeli6n de los Catari y en particular la de Túpac Amaru por sus vastas proyecciones; los movimientos de los comuneros

en distintos lugares, que constituyen la primera formulación americana de que la soberanía pertenece al pueblo. Tampoco podemos olvidar el valor de los primeros guerrilleros de nuestro continente como el chileno Manuel Rodríguez y el boliviano José Miguel Lanza. Junto a estos bravos capitanes de las armas brillan otros combatientes de la inteligencia, del temple y calidad de Miranda en Venezuela, Nariño en Colombia, Espejo en Ecuador, Pedro Domingo Murillo en Bolivia, Castelli en Argentina.

Las condiciones económicas impuestas a los nativos de América por la clase dominante de los chapetones o peninsulares eran oprobiosas, agobiantes y tenían que desencadenar la guerra. No hacía falta la proclamación previa de los derechos del hombre por la Revolución Francesa ni el ejemplo de la insubordinación de las colonias neoinglesas que, por lo demás, fueron conocidas apenas por los pocos hombres ilustrados de la época y además tan distantes en el tiempo y en el espacio. Los criollos sentían en carne propia los rigores del colonialismo, tales como el monopolio del comercio y la industria; los horrores de las encomiendas, los obrajes y las mitas; la exacción que implicaba los numerosos y pesados impuestos tales como diezmos, alcabalas, venta de empleos, estanco de sal y otros productos, los tributos de indios, etc.; el mal empleo del dinero succionado a las colonias que no quedaba en beneficio de ellas sino que servía para la opulencia y el derroche de la corona española y sus representantes en ultramar; la pésima distribución de la riqueza: trabajadores ínfimamente remunerados y clase dirigente ociosa nadando en la abundancia, pobreza de los colonos productores y riqueza irritante de los peninsulares que se aprovechaban de ella; exclusión de las funciones públicas a los criollos. Como si esto fuera poco, opresión política, religiosa y cultural ejercida mediante la Inquisición, la más nefanda institución jamás ideada que castigaba con saña y crueldad faltas como las de poseer, leer y recibir libros declarados prohibidos; comer carne en los días vedados por la Iglesia, afirmar que no hay infierno, reirse de las censuras y por otras tantas sandeces o acusaciones que constan en el Índice de Registro de denuncias.

La rebeldía permanecía indómita a pesar de los siglos, a veces en estado larvado, otras irrumpiendo con virulencia por más que siempre fuera sofocada con rigor. ¿Podría acaso perpetuarse indefinidamente semejante estado de opresión? Estamos convencidos de que la lucha entre conquistadores y conquistados pervivió desde el mismo momento en que los invasores asentaron pie en tierras de América y que, aunque enquistada por períodos de mayor o menor largura, siempre afloró con violencia y siempre contó con líderes y caudillos. Por

esto, con ejemplo o sin él, la insubordinación tenía que producirse en toda la extensión del Continente, sin que importara donde primero aparecían sus brotes. Aun puede decirse que se da el caso de la casi simultaneidad o total coincidencia, si se consideran las tremendas distancias y la inmensa carencia de medios de comunicación. Para la época, las proclamaciones y jornadas de Chuquisaca, 25 de mayo; de La Paz, 16 de julio, de Quito, del 10 de agosto, las tres de 1809, y los demás pronunciamientos y rebeliones que se suscitan de norte a sur en los años siguientes tienen una interpretación sincrónica, pues todos los pueblos querían reconquistar su autonomía, por lo que el proceso de liberación total dura quince años desde los albores vacilantes y disfrazados de 1809 hasta la consolidación definitiva, tiempo indudablemente pequeño dentro del curso de la historia. Nuestro gran escritor Manuel J. Calle, con razón, bautiza a estos tiempos de heroicos, porque en efecto lo fueron con sus numerosas, cruentas e implacables guerras.

Por ahora lo que nos ocupa, centrando nuestra atención, es el movimiento liberador que culminó con el triunfo de Ayacucho y debemos concretarnos a él.

El ejército del imperialismo ibérico con frecuencia era superior en número y en elementos al libertador, por lo que los insurgentes hubieron de sufrir graves y no pocos reveses, como los descalabros de Rancagua y Cancha Reyada; pero la justicia de la causa americana fue conquistando adeptos y la fuerza de la convicción y la pericia de los jefes tornaron el rumbo de los acontecimientos y finalmente, victoria tras victoria, alcanzaron la meta anhelada. Bastará con que rememoremos a partir de los primeros de Chacabuco (1817) y Maipú (1818), los sonados triunfos de Boyacá (1819), Carabobo (1821), Pichincha (1822), Junín (1824) que trajeron la libertad a Argentina y Chile, a Colombia, Venezuela y Ecuador, hasta llegar al definitivo de Ayacucho (1824) que completa la emancipación peruana y finiquita la de América. Esto para no mencionar acciones menores, pero de igual magnitud en su significado como las de Apure, Macuritas, Queseras del Medio, Pantano de Vargas, Calabozo, Bomboná... En estas lides se impusieron el talento y la bravura de O'Higgins, San Martín, Bolívar, Sucre y muchos otros grandes conductores de la revolución como Santa Cruz con su éxito en Zepita que trajo siquiera transitoriamente la independencia de Bolivia y Perú.

Entre tantos y tantos combates, ninguna batalla fue más decisiva para el porvenir de nuestra América como la de Ayacucho, pues determinó el fin último y definitivo del imperialismo español. El más autorizado para opinar sobre ella, Bolívar, principal conductor y artífice de la libertad americana, al ser informado del magno acontecimien-

to hubo de dar su fallo sobre la heroica acción desarrollada y cumplida el 9 de diciembre de 1824 con las siguientes palabras: "La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas".

Cierto es que todavía no se ha extirpado un quiste del ejército invasor atrincherado en Callao. Pero la resistencia pertinaz de José Ramón Rodil en su fortaleza, a la que hubo de seguir su capitulación de 23 de enero de 1826, no es sino un episodio glorioso de la porfía intrépida del brigadier español que aun soñaba con la llegada de refuerzos de la península. Sin embargo el triunfo de Ayacucho era concluyente. La refinada crueldad, la indomable obstinación del último soldado ibérico no tuvo más efecto que prolongar la agonía de una muerte ineludible.

Ayacucho es obra del genio estratégico de Sucre y de la intrepidez y acierto de sus colaboradores La Mar, Córdova, Lara y otros prestigiosos jefes, como del concurso valeroso y abnegado de tropas procedentes de todos los pueblos americanos, hecho que dio lugar a que se la denominara la batalla de las naciones. En efecto, al ejército realista de más de 9.000 hombres se enfrentaron cerca de 6.000 patriotas. Soldados venezolanos, granadinos, peruanos, bolivianos, chilenos y argentinos vertieron su sangre en la histórica llanura y de ellos cerca de la mitad fueron ecuatorianos. En lo justo estuvo el general Angel Isaac Chiriboga al escribir estas palabras con ocasión del centenario del combate: "Puede el Ecuador, por múltiples razones, titularse, con toda justicia, vencedor en Ayacucho, pues, si la participación de un pueblo en una batalla se ha de medir por las fuerzas que en ella intervienen, por las armas y elementos que se emplean, por los aprovisionamientos dados al ejército en el curso de las operaciones, ningún país como el Ecuador, dio para la campaña final de la emancipación americana mayor número de hombres combatientes, ni mayor cantidad de elementos de guerra y de vida para la conservación del ejército liberador, en la cruenta y gloriosa campaña que culminó el 9 de diciembre de 1824". A lo que hay que agregar que otro factor eficiente para la victoria fue también un ecuatoriano, el general José de La Mar que comandó la Segunda División.

Importante como fue para la causa de la independencia la batalla de Junín, que inspiró al celebrado poema "Canto a Bolívar" de José

Joaquín Olmedo, y no obstante el gran triunfo alcanzado, no es el término de la larga y agotadora campaña, aunque sí el principio del fin que a poco habría de convertirse en definitivo. Los cuatro meses que van del 6 de agosto (Junín) al 9 de diciembre (Ayacucho) son de marchas, contramarchas, de apresto interrumpido por una que otra escaramuza entre los ejércitos realista y libertador, a la vez que de atroz expectativa y zozobra ya que unos y otros avizoraban a poco plazo el encuentro más trascendental y decisivo.

A las nueve de la mañana de un día alumbrado por un sol esplendente, los dos ejércitos toman sus posiciones debidamente planificadas y previstas en muchos detalles por ambos bandos, en el singular escenario que lo ofrece la pampa de Ayacucho al pie del Condorcunca, cuya ladera frontal está ocupada por las cuatro divisiones del Virrey José de la Serna.

Con certera visión escogió Sucre esta llanura de uno y medio kilómetros de largo por quinientos de ancho, estrecha para el movimiento masivo de ejércitos de millares de plazas, escindida por una quebra casi en su mitad, circundada por las abruptas pendientes del Condorcunca y por profundas quebradas y barrancos. Apenas el flanco austral, en las inmediaciones del poblado de Quinua, permite el fácil acceso y por él penetró Sucre con sus divisiones. El bravo general conocía la inferioridad de sus fuerzas en cuanto al número, pero confiaba en su pericia y arrojo. Pocos minutos antes de las once, para romper fuegos, profiere estas proféticas palabras: "Soldados, de los esfuerzos de hoy depende la suerte de la América del Sur; otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia. ¡Viva el Libertador!"

Así fue como el ejército, unido cumplió su deber haciendo desde entonces y para siempre libre el sector meridional del Continente colombiano. En efecto, tras breves alternativas y en menos de dos horas la contienda se resuelve en favor de los libertadores, gracias a la estrategia de Sucre, la intrepidez de Córdova, la heroica resistencia de Lamar, el denuedo de Lara, la disciplina y bravura de las tropas. Los realistas huyen, se desbandan, trepan empavorecidos las pendientes del Condorcunca acosados por los colombianos que los persiguen. Pronto la derrota es total: los batallones realistas son diezmados, los prisioneros innumerables, el botín cuantioso y el mismo virrey es herido y cae cautivo con su brillante guardia de honor. Cuantitativamente la magnitud del desastre español se expresa así: mueren 11.000 realistas y son heridos 800; son tomados prisioneros 3.000 tropas y oficiales, incluyendo 32 altos jefes, mariscales y generales. Mientras tanto el ejército libertador paga el tributo de sólo medio millar de bajas. El enemi-



go pierde todo su material bélico, miles de fusiles y sus once cañones. Vale recordar que Sucre apenas tenía uno.

Los comentaristas han destacado que la contundente victoria se consiguió principalmente por el acierto en el despliegue y toma de posiciones del ejército de Sucre, como por la aguda visión y atinada perspectiva de sus órdenes dictadas con serenidad, iniciativa, firmeza de decisión y talento directivo. La carta topográfica autógrafa de Sucre en que se señala prolijamente los lugares en que acantonó su ejército y los movimientos ejecutados revelan el gran estratega y al hábil y versado geógrafo. Junto a esto y asimismo con justicia ha de reconocerse que los generales perdedores y derrotados también se caracterizaban por su experiencia, destreza y valor.

Irremisiblemente vencido el ejército español, su nuevo jefe máximo, general José de Canterac, propone la capitulación que es firmada ese mismo día sobre el campo de batalla. Sucre la acepta con magnanimidad y nobleza que recuerdan la misma generosidad que demostró con Aymerich tras el triunfo de Pichincha. Ninguna de sus 18 estipulaciones encierra una sola palabra de rencor, prepotencia o vejamen, como que son muy ligeros los cambios introducidos en las condiciones propuestas por Canterac. El refrán popular que sentencia: al enemigo que huye, puente de plata, cobra efectividad, como puede verse en las siguientes palabras constantes en la aprobación dada por el Libertador a los términos de la capitulación española: "Merced a las nobles prendas del vencedor, obtuvieron los vencidos, seguridad para sus vidas y propiedades; el pago del transporte hasta España de cuantos individuos del ejército quisieren apartarse de las playas peruanas; el permiso de que los buques españoles, mercantes o de guerra, pudieran acercarse a las costas y proveerse de agua y víveres; la conservación de los honores y distinciones; el reconocimiento como peruanos, de cuantos hubiesen militado bajo las banderas realistas, y aun el derecho de incorporarse a las filas republicanas con sus mismos grados, si lo pidiesen; el absoluto olvido del pasado y el pago de la mitad de los sueldos que gozaban, para que pudieran mantenerse y salir del territorio" ¿Cuántas veces se ha visto liberalidad mayor después de una derrota tan aplastante?

La primera capitulación es la más valiosa para la causa de la libertad y por esto es de utilidad evocarla con su propio texto. Dice así: "El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del ejército libertador hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes..." "y también serán entregados los restos del ejército español, los bagajes

y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al gobierno español” .

Aunque la undécima estipulación acuerda explícitamente la entrega de la plaza del Callao, la porfía de Rodil, según hemos visto, exigió su sitio y un tiempo apreciable para reducir al último soldado español.

Resultados o consecuencias principales de la victoria son: a) la emancipación total y efectiva del Perú y Bolivia y la consolidación y finiquitación de la independencia americana b) la extirpación de la monarquía en tierras de América, ya que sólo muy esporádicamente y como verdadera excepción tendrá sus reincidencias en México y Brasil; c) apertura del comercio al mundo, con la cual llegarían barcos de todas las nacionalidades importando los productos de la agricultura y la industria como también la cultura de otras regiones, con la consiguiente libertad de exportación de lo americano, todo esto exento de las trabas y regulaciones extrañas que impedían el progreso de estas comarcas.

Lo trascendental de Ayacucho hizo impacto en Europa a tal punto que el famoso historiador César Cantú equipara la de Ayacucho a las grandes batallas de la humanidad desde Maratón a Léxington.

No sería honrado prescindir en esta ocasión de poner de relieve las virtudes cardinales del gran autor y actor de una de las más celebradas victorias.

Como la más justa retribución a sus hazañas, a poco de la mayor de ellas, el Congreso peruano le confiere el grado de Gran Mariscal de Ayacucho, el más alto de la jerarquía castrense. Sucre lo recibe con la dignidad y sencillez que siempre le acompañaron. Prosigue con el mismo empeño de antes lo que ahora llamaríamos operaciones de limpieza y se dispone a batir a Olañeta que todavía mantiene grandes fuerzas más allá del Desaguadero. Mas las cosas han cambiado al influjo del gran lauro. Las poblaciones que en su casi totalidad se habían mostrado hostiles al ejército libertador fueron comprendiendo que era su deber y conveniencia estar con él, porque significa el derecho y la libertad, y tornaron a la revolución, de la misma manera que las tropas por batallones enteros se cambiaban al bando de la independencia. Hasta hubo jefes monárquicos como Medinaceli que se pronunciaron por la república. Sucre que jamás ambicionó el poder político y que lo ejerció únicamente forzado por las circunstancias, no protextó el desorden, la bancarrota fiscal ni cosa alguna para captar ni eternizarse en el poder, sino que, precisamente, convencido de que no es la dictadura sino el concurso de la ciudadanía la fuerza capaz de enrielar el Estado, pronto convocó a una Asamblea Nacional ante la cual con honda sinceridad quiso entregar el mando supremo que se le había encargado.

Ante la Asamblea reunida en Chuquisaca el 10 de julio el honesto mariscal se expresó así: "No me es deshonroso confesar mi educación de soldado: no puedo dirigir el país con un gobierno militar, que no es propiamente gobierno, ni podría presentar a los primeros hijos de la revolución las leyes de la milicia como bienes que esperasen de la victoria".

Tan hondamente sentido fue su pensamiento que habiéndosele elegido por la misma Asamblea Nacional, Presidente vitalicio de Bolivia, rechazó la designación y a muchas instancias aceptó serlo por sólo dos años. Siempre le caracterizó un ejemplar desinterés y así como se mostraba renuente a aceptar el gobierno estuvo listo a retirarse, sin haber vacilado a presentar su renuncia.

Por más que su genio de guerrero y estratega, su dón de mando, su pulcritud fueron de universal reconocimiento, en todo momento se mantuvo modesto, sin asomos del culto a la personalidad que ha perdido a tantos gobernantes. No le envanecieron sus triunfos ni la humillaron los reveses. Al separarse de Bolivia habiéndose demostrado invariablemente respetuoso de la ley, después de haber probado el amargor de la ingratitud y la alevosía de sus enemigos, tuvo derecho para despedirse expresando pensamientos de la verdad y elevación moral que encierran éstos: "No he hecho gemir a ningún boliviano; ninguna viuda, ningún huérfano solicita por mi causa: —he levantado del suplicio porción de víctimas condenadas por la ley; y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Acaso se me culpe de que esta condescendencia sea el origen de mis heridas; pero estoy contento de ellas, si mis sucesores, con igual lenidad, acostumbran al pueblo boliviano a conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el estrépito de las bayonetas esté perennemente amenazando la vida del hombre, y amenazando la libertad... En el retiro de mi vida, veré mis cicatrices, y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes, a ser el tirano y el verdugo que lleva siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos".

Merecen igualmente destacarse otros de sus virtudes. la tolerancia y el perfecto equilibrio anímico que jamás se alejaron de su espíritu en sus relaciones con los hombres. He aquí un ejemplo: Muchas fueron las desavenencias entre la personalidad serena y bien balanceada de Sucre y el temperamento psicótico del maestro y protegido de Bolívar, Simón Rodríguez, con una imaginación atormentada por planes fantásticos, con actitudes que salían de lo normal y escandalizaban a las gentes, a lo que hay que añadir que por mucho que Sucre no participó del socialismo y revolucionarismo de Rodríguez jamás rompió la armonía

y a lo sumo se quejaba de su conducta en sus cartas al Libertador. Gracias a esto, el maestro del vencedor de Junín conservó su cargo de Director General de Escuelas y sólo partió de Bolivia presidida por Sucre cuando él mismo quiso hacerlo por su propia espontaneidad.

A siglo y medio de la batalla que fue el coronamiento de la liberación americana es de preguntarse si realmente hemos conquistado la emancipación integral del Continente. Repetimos lo ya dicho en otra parte. ¿Es cierto que las potencias extranjeras respetan la autonomía de nuestros países? ¿No quedan todavía rezagos del colonialismo económico y no se impone todavía el cultural e intelectual? ¿Es efectivo que todas las repúblicas americanas ejercen su derecho a voto libres de toda presión en las reuniones internacionales? ¿Qué otro país, a más de México, desarrolla permanentemente una marcada actitud de soberana independencia en el campo de las relaciones internacionales? ¿Acaso todas las repúblicas resuelven su posición internacional sin esperar el visto bueno o siquiera la benévola anuencia de los grandes aun en los asuntos de su más estricta soberanía y de sus más legítimos intereses?

Hablamos aquí no de uno, dos o tres países, sino de la comunidad americana en su conjunto, pues Ayacucho fue continental como continentales fueron desde los primeros brotes independentistas, hasta las grandes batallas liberadoras como Pichincha, Junín y Ayacucho. En este terreno, a nuestro parecer, hemos retrocedido, pese a los pactos de integración que apenas son seccionales y más verbales que objetivos. No rara vez la intransigencia ideológica política —impregnada de divisionismo y segregacionismo— impera sobre las conveniencias económicas, y la voluntad de los grandes se impone sobre la necesidad y resoluciones de los chicos por más que estén en mayoría. Hace falta indudablemente el Ayacucho cultural y económico que rompa todos los vínculos de dependencia impuesta por la codicia y despotismo de los imperios. Por esto se ha hablado y ya ha nacido la conciencia de una segunda emancipación, ya conquistada casi completamente por un pueblo, en camino de alcanzarla algún otro y con tenaces luchadores en las demás repúblicas.

La solidaridad continental, por más que nos duela, es débil, incipiente. Debemos reconocer que antes hemos retrocedido que avanzado. Todavía se niega un puerto marítimo propio a Bolivia, una salida al Amazonas a Ecuador, la autonomía a Belice, el libre comercio a Cuba. Y nadie puede válidamente desconocer los derechos que asisten a estos pueblos. Todavía hay en nuestros territorios zonas intervenidas y con intromisiones, bases navales, impuestas y agentes provocadores

extranjeros con la ingrata tarea de cambiar los gobiernos que no son del agrado de los poderosos.

Hace falta que nuevamente nos unamos y nos consideremos una sola nación como fue el ideal de Bolívar, San Martín, O'Higgins y Castelli; de Nariño, Valle, Egaña y Monteagudo, de los ecuatorianos Espejo, Mejía y Rocafuerte, de todos los precursores y gestores de la independencia. Sólo entonces América Latina llegará a ser política, económica y culturalmente libre. Esta es la mayor enseñanza de Ayacucho. Creemos en ella porque el papel de la historia no es el mero registro de acontecimientos sino el de proporcionar lecciones para el futuro advertencia que hay que formularla a diario.



PRECIO S/. 2.—



Reflexiones sobre las
Eferm,rides No. 11